

Estos cuatro ensayos de protección contra la angustia básica que hemos mencionado, de los cuales Castel ha elegido, hasta los treinta y seis años, el aislamiento, no son impuestos al neurótico por el deseo de satisfacer un anhelo de goce o felicidad, sino por el impulso de alcanzar el sentimiento de seguridad, la tranquilidad que precisa todo ser humano.

Sin embargo, el aislamiento solo no ha proporcionado a Castel la ansiada tranquilidad. En general, es raro que nada más uno de estos ensayos de protección contra la angustia sea el empleado por el neurótico. Por lo común, «la seguridad contra una poderosa angustia subyacente no se busca por un solo camino, sino por varios» (5), que, en muchos casos, son incompatibles entre sí. Esto, desde luego, trae un adentrarse del neurótico en un círculo vicioso, pues le ocasionará mayor angustia el hecho de sentirse «imperiosamente compelido a dominar a todo el mundo y a pretender ser amado por todos, a someterse a los otros y a imponerles su propia voluntad, a desligarse de la gente y a querer su afecto» (6).

Nuestro Castel, que eligió la soledad y el aislamiento, uno de los medios más ineficaces, pero el que mejor se avenía con su temperamento esquizotímico y cerebrotónico, lo hizo, seguramente, porque le ocurrió lo que a casi todos los neuróticos: su agresividad —característica en este tipo de anormalidad— sus exigencias y sus críticas le trajeron como consecuencia la hostilidad de los otros. No le es grato a Castel reconocerlo, pero ciertas afirmaciones pesimistas que contiene su relato y todo lo que nos cuenta sobre sus relaciones con María Iribarne nos lo dan a entender:

«Me caracterizo por recordar preferentemente los hechos malos y, así, casi podría decir que "todo tiempo pasado fue peor", si no fuera porque el presente me parece tan horrible como el pasado; recuerdo tantas calamidades, tantos rostros cínicos y crueles, tantas malas acciones, que la memoria es para mí como la temerosa luz que alumbra un sórdido museo de la vergüenza» [11].

En el amor, que habría podido ser su salvación, tampoco la vida se portó pródiga con él:

«Desgraciadamente —afirma— estuve condenado a permanecer ajeno a la vida de cualquier mujer» [19].

Hemos dicho que el aislamiento no ha sido una solución para Pablo Castel y su angustia. Y no lo ha sido, principalmente, porque el

(5) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 117.

(6) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 117.

afán de recibir afecto —ese afecto del que parece no haber gozado jamás— es una característica infaltable en quien padece neurosis. «El anhelo de recibir afecto y cariño es tan común en los neuróticos y tan fácil de advertir para todo observador idóneo, que puede conceptuárselo como uno de los más fieles signos de la angustia reinante y de su intensidad aproximada. Nada de extraño hay en esto si tenemos presente que al sentirse totalmente desarmado frente a un mundo siempre amenazante y hostil, el neurótico tratará de obtener cariño y amor como el recurso más lógico y directo para ser objeto de benevolencia, ayuda o aprecio» (7).

El solitario Castel encuentra el amor... y lo destruye él mismo. Conoce a María Iribarne en una exposición de sus cuadros. El aspecto físico de la muchacha —de veintiséis años aproximadamente— no le llama la atención. Ella está observando un detalle insignificante de una de sus telas, un detalle en el que nadie ha reparado y en el que el pintor se ve a sí mismo. Ese detalle (una ventanita a través de la cual se divisaba una playa solitaria y una mujer que miraba el mar) lo representa profundamente, ya que sugiere «una soledad ansiosa y absoluta» [16]. La muchacha observa minuciosamente la escena, y él, a su vez, la contempla anhelante porque deduce que si sólo ella ha reparado en ese detalle que para él lo es todo, es porque la muchacha es su igual, es decir, está sola y aislada del mundo entero y, por lo tanto, siente como el pintor.

Pero, pese a este convencimiento, afloran en Castel las neuróticas inhibiciones para establecer nexos con los demás, su eterna y esquizotímica timidez, su cerebrotónica inseguridad, su temor a los seres humanos, y deja pasar la oportunidad de hablarle.

Regresa a su casa nervioso, descontento, triste. A partir del siguiente, va todos los días al salón, hasta su clausura, con la esperanza de volver a verla. Desde entonces pinta sólo para ella. Necesita desesperadamente encontrarla porque se parece a él y, pareciéndose, lo comprenderá y, comprendiéndolo, podrá darle la ansiada seguridad. (Para el neurótico, el amor no es más que un medio de aferrarse a alguien para satisfacer las propias necesidades psíquicas. La angustia le impone la tenaz unión a otra persona.)

Por fin, un día la ve en la calle. Todos los subterfugios que había imaginado para hablarle, todas las frases que su mente había elaborado para entrar en relación con ella se borran y confunden. No atina más que a seguirla hasta que finalmente le hace una pregunta torpe

---

(7) Karen Horney: *Ob. cit.*, pp. 135 y 136.

acerca del edificio en que se encuentran. La muchacha le responde y se sonroja. El sonrojo le da una oportunidad para iniciar una conversación del todo sorprendente y que asusta a la joven. Esta responde temblorosa, pero huye y él la pierde de vista. La depresión y la angustia vuelven a hacer presa de él. En esta oportunidad, Castel no hace más que comportarse como un cerebrotónico que acusa en grado elevado el rasgo que Sheldon califica como capacidad para reaccionar en forma excesivamente rápida. Estos individuos —explica Sheldon— responden con tanta rapidez a los estímulos que tienden, en presencia de una nueva relación social, a «aturullarse», a confundirse en sus propias reacciones. Los tropiezos verbales, las excesivas respuestas faciales, los embarazosos comienzos falsos en la conversación, en síntesis, el tropiezo consigo mismo, son característicos.

Otro día —ha hecho guardia en el edificio en que ella ha entrado desde la mañana a la noche («La primera característica que nos llama la atención en la necesidad neurótica de afecto es su compulsividad. La obtención del cariño no es, para el neurótico, un mero flujo, ni, fundamentalmente, un motivo de mayor energía y placer, sino una genuina urgencia vital» (8)—, vuelve a encontrarla y, demostrando una audacia desesperada que se contradice con su habitual timidez, la coge de un brazo con brutalidad y la arrastra durante dos cuerdas hasta una plaza. Allí, atropelladamente, en forma autoritaria, dominadora e inconcebible en quien está prácticamente frente a una desconocida, la interroga sobre su conducta anterior (la huida) y le asegura que la necesita con urgencia en su vida. Le suplica que no se vaya nunca más y le habla de la escena del cuadro.

Esta conducta de Castel, tan en desacuerdo con la idea que nos hemos formado de él, no hace sino confirmar otro de sus innumerables rasgos cerebrotónicos: la imposibilidad de predecir la actitud y el sentimiento de estos individuos. Hay tal falta de uniformidad en su conducta y panorama mental, sus actitudes están sujetas en tal forma a cambios repentinos y desconcertantes que pueden ser incluidos perfectamente dentro de esa categoría de personas a las que otras denominan «un misterio».

Durante toda la entrevista, María demuestra una docilidad cansada. Quedan de verse pronto. La palabra «amor» no ha sido mencionada por ninguno de los dos, pero ambos la dan por expresada. Sin embargo, la muchacha, que es, efectivamente, un ser solitario y difícil, tal vez tan neurótica como el mismo Castel, se despide con las palabras siguientes:

---

(8) Karen Horney: *Ob. cit.*, pp. 135 y 136.

«—No sé qué ganará con verme. Hago mal a todos los que se me acercan...» [50].

Al día siguiente mantienen una conversación telefónica agitada y extraña, en la que ambos pugnan por declararse amor, pero no lo hacen. La muchacha, sobre todo, que se siente muy perturbada por la presencia en su vida de ese hombre impulsivo y difícil de comprender, sólo atina a decirle que ha pensado mucho.

«¿En qué?», le pregunta anhelante Castel.

«En todo», responde, con la vaguedad que le caracteriza.

«¿Cómo en todo? ¿En qué?», insiste él con impaciencia.

«En lo extraño que es todo esto..., lo de su cuadro..., el encuentro de ayer..., lo de hoy..., qué sé yo...»

Castel se irrita por la imprecisión de ella y responde:

«Sí, pero yo le he dicho que no he dejado de pensar en usted... Usted no me dice que haya pensado en mí.»

Ella no contesta inmediatamente (no se caracteriza, precisamente, por la prontitud de sus reacciones). Con la misma imprecisión y cansancio que ya han irritado a Castel, agrega:

«Le digo que he pensado en todo...»

«No ha dado detalles...»

«Es que todo es tan extraño, ha sido tan extraño... Estoy tan perturbada... Claro que pensé en usted...»

El corazón de Castel da un vuelco al escuchar las últimas palabras. Pero él precisa detalles («Me emocionan los detalles, explica, no las generalidades») y, atropelladamente, con la ansiedad que es una constante en su perturbado espíritu, continúa averiguando:

«Pero, ¿cómo, cómo...?) Yo he pensado en cada uno de sus rasgos, en su perfil, cuando miraba el árbol, en su pelo castaño, en sus ojos duros y cómo de pronto se hacen blandos, en su forma de caminar...» [52].

Pero ella interrumpe su efusión verbal, advirtiéndole que tiene que cortar la comunicación, pues viene gente. Pese a que el brusco fin de la conversación lo desespera y a que confiesa haber pasado luego una noche agitada que lo obliga a levantarse y a salir a caminar, le sucede algo muy extraño: mira, por primera vez, con simpatía a todo el mundo; olvida momentáneamente su hostilidad hacia el género humano. Describe así su reacción: